

Capítulo 1

CANÍBAL

Ya lo adivinaban los chicos. Allí, en el andén de la estación Olascoaga, iba a estar esperándolos el abuelo. Inconfundible, siempre igual, con sus botas de cuero, bombachas y boina negra, faja prolijamente cruzada y camisa escocesa. A su lado, como si fuera una parte de su sombra estaba su fiel perro Falucho, simpática mezcla de cooker y cuzco.¹

Sobre todo, su cálida sonrisa y sus ojos chispeantes hacían de él una persona extraordinariamente simpática, única. Sí, Don Pedro era el mejor abuelo del mundo.

—¡ABUELO! —gritó Juanchi desde la ventana antes de que el tren se detuviera.

—¡Juanchi!, son las seis de la mañana, hay gente durmiendo en este vagón —le advirtió Manu, su hermano mayor.

Manu, el mayor de los tres hermanos tiene trece años. Casi catorce. Pero por su responsabilidad y altura puede parecer un poco más grande.

Juanchi tiene sus diez años bien puestos. Movedizo y risueño, siempre está inventando algo nuevo para hacer.

1. Cuzco: perro que no corresponde a una raza específica.

Tiene pasión por los animales. Morocho, nariz pequeña, sonrisa amplia. Sus ojos saltarines y negros brillan cuando sonríe.

—Male, despertate, ya llegamos —sacudió Manu a su hermana, que había estado como un lirón durmiendo todo el viaje.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Dónde?

De a poco Male fue “aterrizando” a la realidad y junto a sus hermanos comenzó a sacar las valijas del estante portaequipaje. Male tiene 12 años y le falta poco para cumplir trece. Empieza a despertar a un mundo nuevo. Es linda y lo sabe. Tal vez, un poco presumida. Tiene ojos achinados, pelo castaño claro, lacio y largo, nariz respingada y algunas pecas que ella hubiera preferido que ya no estén más.

Juanchi, por supuesto, lo primero que buscó fue la caja de zapatos donde estaba su chanchito de la India.¹ Movió la tapa e introdujo su mano para sacarlo y darle el beso de los buenos días, tanteó entre el aserrín buscándolo pero...

—¡NO PUEDE SER! —gritó alarmado—. ¡SE ESCAPÓ CANÍBAL!

—¿Quién es Caníbal? —preguntó Don Pedro que ya había subido al tren para saludar y ayudar a sus nietos con el equipaje.

—¡Hola abuelo! Caníbal es mi chanchito.

—Un chanchito... ¿cómo? Desde la capital de Buenos Aires un...

1. Chanchito de la India: animal pequeño parecido al hamster.

—Sí, un chanchito de la India, abuelo.

Don Pedro se alivió mientras saludaba con gran alegría a sus tres nietos.

—Yo no me bajo sin Caníbal —afirmó Juanchi.

—Pero es que el tren ya saldrá para la siguiente estación —le aclaró Don Pedro mientras daba un vistazo general al vagón buscando el animalito.

—Pero no lo puedo dejar aquí... es mío... —dijo Juanchi casi lagrimeando, notando que tenía apenas uno o dos minutos para buscarlo.

Ahí nomás, se paró en un asiento y, como si fuera un político dispuesto a dar un discurso, gritó:

—¡SEÑORES Y SEÑORAS: SE ME PERDIÓ CANÍBAL!

Male y Manu miraban a su hermano con vergüenza ajena.

—Típico de Juanchi —murmuró Male.

—¡UN CANÍBAL! —gritaron alarmados unos cuantos pasajeros.

—Caníbal es un chanchito —acertó a explicar Juanchi desde su improvisado balcón.

—¡UN CHANCHO! —se escuchó exclamar desde el fondo.

—¡AYUDEN, SOCORRO! Busquen a Caníbal entre sus abrigos, en sus carteras, en sus bolsillos, para el que no lo sabe se parece a un ratón y se puede meter por cualquier lugarcito.

—¡QUÉ ASCO! —gritaron a coro algunas señoras.

—¡Chiquilín, me despertaste! —agregaron otras que, al igual que él, se pararon en sus asientos.

—¡Mocosos! ¡Desvergonzados!

Se escuchaba todo tipo de comentarios mientras unos

cuarenta malhumorados pasajeros buscaban entre sus pertenencias el bicho extraviado.

—¡El tren! Juanchi, bajate que se va el tren —lo apuró Don Pedro, que a su vez trataba de calmar los ánimos de la gente.

—¡ABUELO HACÉ ALGO! ¡PARALO! —acertó a decir Juanchi, mientras corría desesperado de un lado a otro por el vagón, mirando por arriba, por abajo, por las valijas, bolsos y bolsillos de la gente.

—SOCORRO ABUELO! ¡AYUDAME! —insistió mirando con gesto de súplica a su abuelo.

Juanchi sabía muy bien que su abuelo conseguiría todo lo que se proponía y que en esa estación de tren lo conocían y apreciaban.

Don Pedro titubeó. Después se dio cuenta que era cuestión de segundos... Descendió del vagón y como pudo corrió por el andén hasta la locomotora a rogarle al maquinista que aún no arrancara el tren.

—Lo siento señor, nuestro servicio se caracteriza por su puntualidad. Salimos de la capital de Buenos Aires hace cuatro horas y debo llegar a la estación de Trenque Lauquen en horario exacto. Ya mismo tengo que...

—¡Pero si usted es hijo de Octavio López! —le interrumpió Don Pedro con cierta picardía.

—¡Síiii! ¿Cómo sabe?

—Pero si yo he viajado tantos años en este tren. Yo soy Don Pedro Ibáñez —se presentó el abuelo—. ¿Cómo anda su padre?

—Mi padre... muy bien, ya se ha jubilado —contestó el maquinista, mientras con su mano derecha se disponía a arrancar el tren.

Don Pedro le detuvo la mano.

—Por favor Don López...—Don Pedro miró al hombre con un gesto suplicante—, no arranque todavía, por favor; mi nieto... mi nieto..., espérese un segundo que....

Don Pedro salió jadeante, y de nuevo trató de correr lo mas rápido posible hasta el vagón cuatro. El maquinista quedó confundido.

—¿Y ese hombre? ¿Por qué se apuraba tanto siendo una persona de edad avanzada? ¿Qué le habría ocurrido a su nieto? ¿Acaso un accidente? Tal vez, sería prudente esperar.

En el vagón cuatro continuaba, más bien aumentaba el revuelo general. Algunas señoras arriba de los asientos gritaban alarmadas, los bebes lloraban y más ropa volaba por el aire. Casi todos los pasajeros abrían sus valijas y revolvían entre sus cosas buscando el animalito y el piso del andén estaba cubierto de cosas.

Juanchi continuaba abrumado y corriendo de lado a lado pero lo único que lograba era infundir nervios y confusión.

—¡ABRAN TODOS SUS VALIJAS! —reclamaba a los gritos el chico a quienes aún no lo habían hecho.

—¿Juanchi, cómo se te ocurre pedir eso? —lo retó Manu.

Pero Juanchi estaba enceguecido. Para él, Caníbal era alguien muy, pero muy valioso y a toda costa debía encontrarlo.

En eso, Juanchi ligó un carterazo en la cabeza. Se lo dio una señora que había entrado en un ataque de pánico.

—¿Cómo se atreve golpear a mi nieto! —lo defendió Don Pedro que ingresaba de nuevo al vagón.

—¡Ah! ¡Con que es su nieto! Fíjese en el maremoto que nos ha metido —le dijo otra mujer.

—¿Ahora quién ordena todo esto?

—¡Y para colmo, no encontramos a ese animal asqueroso! —gritó alguien enfurecido desde el fondo del vagón.

—Mire usted, señor, lo llego a encontrar entre mis bolsillos o en mi valija y...

La señora del ataque de pánico estaba a punto de abalanzarse sobre Don Pedro, cuando un silbato muy cerca de ellos la hizo frenar en seco.

—¡Alto ahí! —gritó un guardia mientras miraba a Juanchi con firmeza—. Usted jovencito baje inmediatamente.

—Pero mi...

—Pero nada —enfaticó el guardia.

—Vamos Juanchi, ya conseguiremos otro —lo consoló Don Pedro mientras lo abrazaba y lo acompañaba a la puerta del vagón.

—Nene, bajate —se escuchó decir entre el tumulto.

Resignado, con la cabeza gacha, como vaca que enfila al matadero, Juanchi avanzaba a la puerta dando un último vistazo entre la ropa tirada por el piso.

—Y ahora nos deja el bicho —se quejó una mujer que aún permanecía parada en su asiento.

Ya en el andén, el abuelo y los chicos se dispusieron a mirar y despedir al tren. Juanchi en silencio y soltando alguna lágrima observaba con nostalgia la partida como si estuviese despidiendo a un ser querido que jamás volvería a ver...

Se escuchó un silbato y el tren arrancó. En eso, en el vagón siguiente al que habían viajado los chicos se escuchó un grito:

—¡Ay! ¡Un ratón!

Y arrojaron por la ventanilla un animalito chiquito y peludo que cayó rodando por el andén.

Era Caníbal.

Juanchi se abalanzó sobre él, lo abrazó y lo llenó de besos.

El chico quedó con sentimientos encontrados; al fin había encontrado a Caníbal, pero... ¡qué lío había armado en aquel vagón...!